



MAL DE OJO

✓
POR MANUEL ZAPATA OLIVELLA

Zapata Olivella nos da en este cuento de auténtico ambiente colombiano, una visión irónicamente tierna de un personaje popular.

Críspulo vino al mundo con un solo ojo para mirar la mitad de sus penas. No tenía la culpa de haber nacido tuerto, pero todo el mundo lo injuriaba. Nadie veía en su cuerpo maltrecho que coronaba una aguda jiba para concentrar su atención en las influencias meléficas que emanaban de su ojo parálítico. Si en el pueblo moría un perro o una vaca sin causas justificadas, era seguro que la atribuían a su ojo. No podía olvidar aquel día en que lo tiraron de las orejas porque una vecina lo acusó de haber mirado a su cotorra ocasionándole la muerte. Don Raimundo, dueño de la hacienda en donde vivía el muchacho desde que murieran sus padres en una epidemia, lo llamó y escondió a la cotorra detrás de la espalda, le preguntó si la había visto el día anterior.

—Sí, la estuve mirando a través del corral cuando...

—Pues ves lo que has hecho! —Rugió el patrón poniendo el ave muerta ante su cara. Lo tomó de una oreja y enfrentándolo a un espejo para que se mirara su ojo enfermo, le increpó:

—Míralo! Míralo! Tal vez así comprendas por qué no debes fijarte en los animales.

El tuerto quiso protestar, decir que había visto a la cotorra comerse el queso envenenado puesto a las ratas, pero sabía que todo era inútil. Estaba condenado a encarnar los poderes maléficos de Satán.

El corpulento don Raimundo parecía tener solo nervios para pelear gallos finos. Solo el ardor de sus picos lo hacían enrojecer o entibiar la fiebre que cuagulaba sus pasiones. Fuera de los gallos no había dioses para él. Y he aquí que Críspulo con su ojo turbio atentaba con diezmar su cría. En repetidas veces había querido eliminarlo, enterrarlo de un puñetazo varios metros bajo tierra, pero el alma difunta del padre de Críspulo venía a recordarle lo mucho que le debía. Todo el mundo estaba de acuerdo en que la fama de los gallos de don Raimundo se debía a los sabios cuidados que el malogrado gallero les brindó por más de un cuarto de siglo. El mismo hacendado, pese a su desmesurado orgullo, reconocía el **cuido** de aquel humilde servidor, pero por desgracia, su hijo Críspulo había nacido con un ojo todopoderoso para el mal.

Su inquina hacia el tuerto comenzó aquel memorable día en que vio

con desaliento cómo sus mejores gallos eran muertos unos tras otros por los relámpagos de las espuelas rivales. Habían muerto picándose sus propias entrañas el "Camaguey" degollado por una puñalada y "Bolívar", que mantuvo erguido su pico aún después de la muerte. La desesperación reventaba su ánimo y fuera de sí se daba de picotazos con los dedos, arrancándose sus filudos cabellos. Nadie podía expilcarse aquellas muertes y la mala racha amenazaba exterminar toda la cuerda del gallero cuando éste tropezó con Críspulo encendiendo su ojo por entre las piernas de los espectadores.

—Ah! ¡Infeliz! Eres tú quien embruja a mis gallos. Huye de aquí ante que te ahorque entre mis manos! Críspulo logró esquivar el golpe que apenas rozó el cráneo. Corrió a la casa, escondió su cuerpo maltrecho y se tapó los oídos para no oír la gritería de los hombres enfurecidos con la sangre de los gallos. Para culpa de sus males, las siguientes peleas fueron ganadas por don Raimundo que con regocijo y maldiciones explicaba que las derrotas se debieron a la presencia del tuerto. Cuando la noche cubría con sus manos negras la sangre de los gallos aún caliente sobre la arena, como cuábulos de angustia y la fiebre de los picos se apagaba en sordo orgullo, cuando ya se habían diluido en el corazón de los hombres los puñales encendidos de la pasión, don Raimundo, colérico aún por las muertes de sus mejores gallos, recogió de las arterias de uno de ellos los últimos cuajarones de sangre. Llamó a grandes voces a Críspulo y cuando lo hubo hallado, tiritando de miedo bajo unos palos, le hizo tomar a tragos el líquido tibio:

—Bebe, bebe maldito muchacho, bebe sangre fresca! Así se te quitará la mala costumbre de mirar a mis gallos. ¿Acaso no sabes que le haces mal de ojo?

Desde entonces no volvió a mirar las riñas, ni atravesó la puerta del rancho en donde se cuidaban los gallos. El patrón le había indicado claramente cuáles irían a ser sus deberes desde aquel día: acarrear aguc del río, bañar las bestias, cortar y traer leña. Para el muchacho que había heredado de su padre una fuerte pasión hacia los gallos, la prohibición que le hiciera de no mirar los constituía la peor de sus desgracias. El trabajo material poco lo mortificaba, pero que le privaran de manosear los gallos, afilar sus espuelas, esquilarlos según la costumbre y verlos reñir, ante su único ojo, era la más fatal desventura.

En el caserío de Gallinazo y en torno a la hacienda de don Raimundo sólo contaba con un amigo: Milcíades, hombre bonachón, con alma de niño, a pesar de sus cincuenta años. En medio de las supersticiones que acogotaban al pueblo, su mente despierta e incrédula se levantaba contra los temores que despertaba el ojo inmóvil de Críspulo.

—No hagas caso a la gente, que para mirar las maravillas de este mundo con un ojo basta. Le decía al oírlo lamentarse de su desgracia.

Ya se estaba olvidando Críspulo de los gallos cuando se enteró que don Raimundo maldecía a la peonada porque una de sus gallinas "finas" había desaparecido de los corrales. En la hacienda todo se revolucionó, no hubo cajón o mueble que no fuera removido.

—Era hija del Camaguey! —comentaba adolorido el gallero dándole

por pérdida y doliéndose de la casta de peleadores que había en su sangre. El Camaguey había llevado el nombre de don Raimundo a lo largo del río Sinú por el ardor de su pico y la ferocidad de sus espuelas.

—Gallo que se le enfrentaba, gallo muerto! —Decía lamentándose, porque según su juicio, aquella gallina había heredado la combatividad del padre.

Un día mientras Crispulo derribaba un árbol para hacer leña la encontró en un nido empollando un huevo. Sin saber qué hacer, entre sorprendido y alegre, corrió a casa de Milcíades para revelar su descubrimiento y sus temores de que don Raimundo lo castigara por haber mirado el ave. Milcíades con malicia salomónica descubrió que su dormida pasión por los gallos se crecía con aquel hallazgo, inspirándole adueñarse del ave.

—Mira —le dijo— es de cristiano entregar a su dueño la gallina, pero sería de tonto devolver el huevo. Tráelo pues, y se lo echaremos a una de mis cloecas que ahora empollan y avisa a tu patrón que has oído cacarear una gallina en el monte. Así no podrá acusarte de haberle hecho "mal de ojo" ni de robo.

Al pie de la letra el mozo efectuó cuanto le aconsejara el amigo y don Raimundo estuvo tan satisfecho de ver regresar a sus corrales a la hija del Camaguey que ni siquiera pensó que pudiera haber tenido cría. Así fue como el contra-hecho tuerto vino a sentir por vez primera en su vida una gran emoción. ¡Iba a tener un gallo fino! Diariamente concurría a casa de Milcíades y levantaba la gallina que empollaba el huevo para cerciorarse de que estaba allí y no soñaba. Muchas veces preguntó

a su amigo si no había peligro en ello y si debía hacerlo una vez nacido el pollo.

—Claro que sí, olvídate de tu ojo tuerto y no creas lo que dicen de él. Ya te lo he dicho otras veces. No solo nacerá sino que llegaremos a pelearlo contra los del mismo don Raimundo.



— 11 —

Aquella profecía se cumplió. El alma del tuerto se inundó de promisoras esperanzas cuando aparecieron los botones de las espuelas y la cresta de su pollo. La mañana que levantó su canto desgarrado Crispulo lloró. Pronto sus espuelas, agudas como puñales, lograron encajarse certeramente en las carnes de sus enemigos. Las sucesivas victorias fueron acumulando las ganancias y la fama del **Desconocido**, nombre que recordaba su desconocida y empinada extirpe de buenos peleadores. Su máxima hazaña la coronó el día en que abatiera los gallos del mismo don Raimundo. Este ofreció comprar el gallo a Crispulo, sobrepujando las ofertas que habían hecho otros galleros envidiosos del ave. Pero su dueño se negó porque para él, su gallo lo era todo y comenzaba a desvirtuar

las consejas sobre la malignidad de su ojo. El mejor gallo de pelea que habían visto en el pueblo era inmune a sus miradas!

Cuando no hubo rivales en Gallinazo, una madrugada habló a un boga que viajaba hacia la capital de la provincia. Le contó sus deseos de que lo llevara consigo. Sin decir sí ni nó, el boga volvió a la canoa. El muchacho se atrevió a imitarlo y fuese a sentar en el lado opuesto de la champa con su gallo, en tanto que amarraba concienzudamente los pesos que había reunido con Milcíades para aquel encuentro decisivo. El recorrido fue largo bajo la temperatura del sol que ponía en ebullición la sangre. El boga se limitaba a dirigir la champa impulsada por la corriente y de vez en cuando observaba en silencio a Crispulo tratando de tapar el gallo sofocado que se movía inquieto cuando el rumor del canaleta deshilvanaba la corriente. Inútilmente el tuerto le daba de beber agua en la cuenca de sus manos. ¡Agua tibia del río que también se resentía por el sol!

Por el bullicio de los hombres pudo orientarse hacia la gallería una vez que hubo llegado al puerto. Azorado entró al ruedo teñido en sangre. La gente gimoteaba observando el porte y los puñales de los gallos próximos a pelear o bien se aglomeraba en torno a los que botaban la vida por los túneles sangrantes después del duelo. Unos se lamentaban ante el cadáver de su favorito, mientras que otros taponaban las heridas del vencedor si no eran de muerte, en cuyo caso preferían sacrificarlo. Nadie advirtió la presencia de Crispulo con su gallo debajo del brazo. Ninguno de los galleros allí reu-

nidos sabía una palabra sobre el descendiente del afamado Camaguey.

El tuerto habría descomunadamente su ojo para ver aquel mundo desconocido que tanto soñara desde que oyó hablar a su padre de las riñas en la capital en las que se apostaban fabulosas sumas de dinero. Pero todo aquello se cuaguló en negros presagios cuando observó que el Desconocido doblaba el pico y cerraba los ojos sin erizar sus plumas al oír los cantos desafiantes. Ante su actitud Crispulo sintió el escozor de una ponzoña en todo su cuerpo. Su gallo estaba enfermo. Quiso preguntar, pedir auxilio a los entendidos, pero nadie lo veía, a no ser para mirar con curiosidad su ojo. Todo el mundo era indiferente a su gallo que se moría sin saber por qué. Comprendió que era mejor regresar inmediatamente a Gallinazo en busca de Milcíades: sólo él podía salvarlo.

Corrió al puerto y con gran satisfacción encontró que el boga amigo se disponía a regresar. El hombre pareció reprenderlo con su mutismo al ver que volvía sin haber peleado el gallo, pero tampoco dijo nada al tuerto para arrinconarse en el lado opuesto de la canoa y observar de soslayo y con temor su ojo parálitico. No se hizo esperar la noche y el boga se anudó la camisa sobre los hombros para burlar el soplo de la brisa. Apenas vislumbraba el camino borroso del río y flotando sobre el extremo de la champa el ojo luminoso del tuerto como una estrella agorera. Se santiguó y dejó de mirarlo. La noche tendió sobre ellos un nuevo manto de hielo. Crispulo se sintió muy mal con aquel cambio brusco de la temperatura que venía a sobreponerse al calor de todo el día. Se preocupaba por su gallo refugian-

dolo contra su pecho para comunicarle todo el calor de su cuerpo. El animal temblaba, estiraba las patas y sacudía la cabeza. "Se me está muriendo", se decía a sí mismo, sin atreverse a romper el silencio del boga que jadeaba con la palanca.

En la madrugada llegaron al pueblo y mucho antes de que atracara la champa, Crispulo saltó a la orilla y corrió a casa de Milcíades. A sus voces se levantó sobresaltado el amigo y antes de que pudiera hacer preguntas, el tuerto le extendió el animal.

—Sálvalo Milcíades, sálvalo que se muere!

Milcíades tomó el gallo que en ese instante se estremeció con el postrer espasmo.

—Solo estaba esperando llegar aquí para morir. —Dijo el campesino supersticioso, añadiendo:

—¿Lo mataron?

—No, se me ha muerto en las manos. Cuando llegué al puerto ya

estaba enfermo... no pude pelearlo.

—Se te murió en las manos? —Preguntó incrédulo Milcíades mirando por primera vez con curiosidad el ojo paralítico del amigo. La muerte misteriosa del Desconocido hizo tambalear sus convicciones de libre pensador. Le dolía la muerte del gallo pero mucho más sus ideas asustadas por la superstición. Salió al patio con el cuerpo aún caliente del gallo, seguido por la mirada turbia del tuerto. Milcíades quedó mudo ante el titilar de las estrellas en el vientre de la noche. Las fuerzas agoreras empujaban al hasta entonces incrédulo con una fuerza oculta cuando el cascabeleo de una lechuzca se desgranó en el espacio. Milcíades dejó el cadáver en el suelo y aproximóse al tuerto con pasos tímidos y con un candil hurgó sus nervudos párpados, como ala de murciélago. De sus labios brotaron estas palabras que no admitían objeción:

—Es cierto, Crispulo, tu pupila es maligna y produce "mal de ojo".

EL ROMANCERO COLOMBIANO

(Viene de la página 10)

mente en el instante del aflictivo ocaso, como el escultor cuya efigie fue la causa inmediata de su canto:

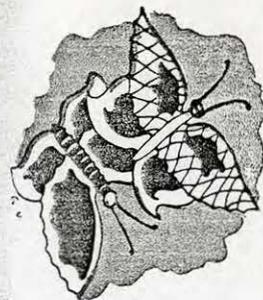
No en raptos de heroísmo,
no en vértigo de triunfos y esplendores
admiró tu grandeza. El a ti mismo
te buscó en el abismo
de recónditas luchas y dolores.

Por ello, es **A la estatua del Libertador** una oda elegíaca muy singular, antes que una oda heroica conforme al patrón recibido.

El sereno poema, cuya construc-

ción estrófica se presta a la repentina meditación, impregnado todo de una recóndita melancolía, es una serie de versos calculadamente dispuestos por el autor para el efecto final, aquel patético resolverse en la última estancia, fervorosa invocación, grito del alma que cae de hinojos ante la tremenda desolación del Padre de la Patria:

Libertador! delante
de esa efigie de bronce nadie pudo
pasar sin que a otra esfera se levante,
y te llore, y te cante
con pasmo religioso, en himno mudo.



MARIPOSAS FUGACES

POR JULIO RODRIGUEZ

Mariposas como orquídeas en nuestras selvas tropicales...

El número conocido de especies en los insectos varía entre 600.000 y 700.000, y se estima que las vivientes pasan de los 3 millones; es decir que esta clase de animales supera con mucho a todos los demás grupos esparcidos en la naturaleza, lo que se debe principalmente a su gran fecundidad y al hecho de que la mayoría está provista de alas. Esta variedad casi infinita es causa de que entre ellos se den todas las formas imaginables, todos los caprichos pudiéramos decir, desde las repulsivas clases subterráneas hasta la grácil belleza de las mariposas; hijas del sol y del viento, en las cuales la naturaleza vertió con mano pródiga toda la magia de su belleza.

La más somera tentativa de clasificación nos dirá que la mariposa es un **lepidóptero**, palabra que hace relación a la parte más evidente de ella, sus alas, y a las escamas de que se encuentran cubiertas, origen de sus deslumbrantes colores, del griego **lepidos**, escama, y de **pteron**, ala, y que el insecto se encuentra sujeto a cambios entre el momento de su nacimiento y su madurez, fenómeno que los zoólogos conocen con el nombre de metamorfosis, recurso de la naturaleza para evitar la extinción total de las especies.

Esta metamorfosis es común a muchos insectos y a otros grupos animales, como las ranas y los sapos, pero en la mariposa se ejemplariza de manera completa. La vida de ésta se divide en cuatro etapas que son: huevo, larva u oruga, crisálida y adulto perfecto. Durante los períodos larval y de crisálida, se puede decir que el animal es distinto a lo que habrá de ser cuando haya llegado a su perfección definitiva. La mariposa carece de mandíbulas, pues sus maxilares forman una larga lengua que se enrolla sobre sí misma, delicadamente adaptada para penetrar en las corolas de las flores. Aunque los cambios aludidos parecen ser repentinos, las alteraciones de los tejidos son en verdad graduales. Uno o dos días antes de convertirse en crisálida, la oruga se torna inquieta y cesa de comer. Entonces habrá de hilar su capullo o penetrará en la tierra —de acuerdo con la especie a que pertenezca— para entrar en su estado posterior.

En un bello día de primavera, cuando el sol esplende en el zenit, el hasta entonces hijo de las tinieblas se abrirá paso rompiendo los muros de la prisión hilada por él mismo y emergerá a la luz convertido en una mariposa de brillantes